

EN PRO DE LOS COMPAÑEROS PERSEGUIDOS

Vallina, Albiñana, Bolivar

No tengo relaciones de ninguna especie con estos compañeros a quienes ni de vista conozco. Tampoco participo de la ideología de ninguno de ellos porque no soy político y ellos lo son. Menos aún apruebo sus procedimientos por ser todos extremistas, aunque actuando cada uno desde su especial punto de vista. En el terreno en que se encuentran colocados los tres, los creo equivocados, más que como ciudadanos como médicos, si bien es cierto que, por lo que se refiere al Dr. Albiñana, hay que hacerle la justicia de reconocer que ha procedido con el acierto de no mezclar jamás a la medicina en sus andanzas políticas, en tanto que los otros han hecho la ofensa a la profesión de utilizarla como bandera de sus politiquesos.

Creo firmemente que no obra con la debida nobleza ni con esquisitez profesional, el médico que para captarse adeptos a su partido, sea este de la derecha o de la izquierda, comienza por colocar su honrosa profesión en medio del arroyo; que colocarla en el arroyo es, el hecho de comenzar a ejercer a diestro y siniestro, gratuitamente o por una denigrante limosna, con perjuicio para la ciencia médica, para sus compañeros de profesión y lo que es más grave y más triste, para los pobres pacientes a quienes, por lo general, embauca o engaña, aprovechándose de su incultura y de su pobreza para construirse un pedestal político desde el que poder después continuar engañando y explotando a la Humanidad, como lo hizo en un principio con sus infelices y confiados clientes.

Tanto como tiene de plausible y laudatorio el acto de favorecer, por humanitarismo, con nuestra profesión, al enfermo desvalido, tiene de execrable y denigrante el de *vender* hipocritamente un servicio profesional al necesitado, con la punible y perversa intención de *cobrarlo* más adelante, hipotecando su conciencia y explotando cobardemente su incultura. Si tal proceder es asqueroso, indigno y re-

pugnante en todas las profesiones, lo es muchísimo más en la profesión de médico, austera, digna y humanitaria como no lo es ninguna otra.

Esta es la ventaja que, sobre los otros dos compañeros, lleva, repito, el Dr. Albiñana, que jamás utilizó la profesión como bandera política, antes al contrario, tuvo la gallardía, no obstante su filiación derechista, de defender como Abogado a aquel infortunado compañero, el Dr. Alegre, que acosado por el caciquismo, se vió obligado a disparar los tiros de su revólver contra el Alcalde cacique que le oprimía. Aunque la distancia que de este compañero me separa es inmensa, en relación, sobre todo, a la pequeñísima de que estoy separado de los otros, creo de justicia hacer resaltar este hecho, siquiera sea en honor a la honrosa profesión que todos ostentamos.

Hechas estas ligeras disgresiones, con el único fin de hacer más diáfana mi espontánea intervención en asuntos que, acaso muchos crean que no me importan nada, quiero levantar mi voz, una vez más, como médico, nada más que como médico, en defensa de los compañeros perseguidos. En tiempo oportuno, la levanté para pedir la libertad del compañero Vallina. Hoy lo hago, aun descontando también el resultado negativo de mi gestión, para pedir la de los compañeros Albiñana y Bolivar, lamentando en el alma que esta iniciativa mía, no haya sido tomada hace ya tiempo por todos los organismos representativos de la clase, principalmente por el Consejo general de Colegios médicos y por la Asociación Nacional de Titulares.

Albiñana y Bolivar, podrán ser unos equivocados, unos fanáticos, unos ilusos, pero no son unos malhechores. Ninguno de ellos ha delinquido, como tampoco delinquirió Vallina, cometiendo actos de esos que denigran tanto al individuo como a la colectividad a que pertenecen. ¿Qué razones hay para que en su defensa no hayan actua-

do los organismos mencionados? Ninguna, Deben hacerlo pues, rápidamente, con energía, con decisión, con interés. Porque defenderlos por los actos realizados, no puede empañar en lo más mínimo la honorabilidad ni el prestigio de los organismos defensores; antes al contrario; acaso sirviera su intercesión para convencer a los médicos de que, como ciudadanos, pueden actuar y proceder como les plazca, en sentido izquierdista o derechista, pero en su actuación profesional no pueden ni deben figurar como rojos ni como amarillos ni como negros. La albura de su proceder y de su conciencia debe destacar de todos los colores, por ser el blanco el color que figura y figurará siempre, como emblema de pulcritud y limpieza, tanto en el aspecto físico como en el terreno moral.

De este modo se evitarán vergüenzas, como esa llamada que el S. R. I. hace a los médicos que califica de proletarios, olvidando sin duda que lo somos todos, pretendiendo que acudan como *esquirolas* a Villa de Don Fadrique, a poner su ciencia y su profesión al servicio de una determinada clase social, actuando como *cainas* de otros compañeros. Olvidan o desconocen los que tal cosa pretenden, que la medicina no entiende de clases ni de política, por ser una ciencia eminentemente humanitaria y social, amparadora con su manto de toda la Humanidad. Esa es la honrosa misión del médico, a la que debe únicamente atenerse imitando en este punto, la conducta observada por cuantos compañeros han seguido ese humanitario proceder, sea cual fuere el criterio político que sustenten.

¿Atenderá el Gobierno mi demanda? Lo dudo. ¿Secundarán mi petición los organismos representativos de la clase? Seguramente no. Sin embargo, yo cumplo con mi conciencia y con mi deber, pidiendo la libertad de unos compañeros que no han cometido otro delito que el de sustentar y defender valientemente, en uso de un perfecto derecho, una determinada ideología política.

Ni más ni menos que hacían los gobernantes actuales..... cuando no gobernaban.

Huberto Domínguez